



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: El Partido Revolucionario Cubano en la historia política de Cuba y de nuestra América

Autor: Morales Perez, Salvador Edmundo

Forma sugerida de citar: Morales, S. E. (1995). El Partido Revolucionario Cubano en la historia política de Cuba y de nuestra América. *Cuadernos Americanos*, 4(52), 131-143.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año IX, núm. 52, (julio-agosto de 1995).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,  
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

✓ **Atribución:** usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

✓ **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

✓ **Sin derivados:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## EL PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO EN LA HISTORIA POLÍTICA DE CUBA Y DE NUESTRA AMÉRICA

Por *Salvador E. MORALES*  
HISTORIADOR CUBANO

FUERA DE CUBA sólo los especialistas en la obra de José Martí han dedicado suficiente atención a un fenómeno político tan original y novedoso como fue el Partido Revolucionario Cubano, auspiciado, organizado y dirigido por el extraordinario escritor y poeta cubano. Hasta unas décadas atrás ni siquiera los estudiosos de la vida y obra martiana le habían dedicado mucho espacio en sus análisis. Desde mediados de los setenta los historiadores cubanos empezamos a aumentar nuestras indagatorias y conocimientos acerca de tan relevante hecho en la historia de los movimientos de liberación nacional. Un proceso de acumulación cognoscitiva fue transitando de la mera (y admirada) descripción de los precedentes históricos que dieron vida al Partido Revolucionario Cubano hasta la súbita desaparición del mismo en el ocaso de la guerra revolucionaria preparada por la propia institución política. Quienes hurgamos en archivos, periódicos y revistas de fines del pasado siglo reuniendo diversos datos y testimonios en verdadera tarea de exhumación, pudimos ir integrando una imagen más completa de una hazaña intelectual y política de especiales connotaciones para la historia de la Isla y del continente. El partido político moderno, como empezamos a calificarlo desde el inicio de dicha revisión, emergió como una "creación ejemplar", según decir de Juan Marinello, en cuanto a programa, estructura, funcionamiento y financiamiento.

Fue un gran avance de saber que ofreció una base para el análisis multilateral que viene urgiendo. Sobre todo cuando los propios partidos políticos modernos, conservadores o revolucionarios, han dado síntomas de agotamiento, claras manifestaciones de ser rebasados por la realidad social finisecular, no creo irrelevante hincar los ojos en un hecho histórico en el cual intervino el talento excepcional de José Martí. Tomando como base las experiencias en el

estudio previo nos aventuramos a trazar nuevas líneas de análisis y valoración conducentes hacia una nueva problematización.<sup>1</sup>

## I

AL hora de analizar el nacimiento del Partido Revolucionario Cubano en los comienzos de 1892, creo de especial importancia tomar en consideración varios aspectos que concurren al esclarecimiento de tan singular aparato.

En primer lugar, situaría la particular *experiencia política* en materia organizativa y especialmente en la inmigración patriótica, en países cercanos a Cuba, en donde había cierta libertad que permitió la organización y labores de los clubes patrióticos, los cuales tomaban como ejemplo inspirador los clubes jacobinos surgidos al calor de la irrupción popular en el proceso político iniciado por la Revolución Francesa de 1789.

En segundo lugar, *la influencia mediata de la formación de partidos políticos modernos* en Europa y Estados Unidos, partidos obreros dotados de programas movilizadores definidos y partidos burgueses, institucionalización de intereses, con toda una maquinaria de poder erigida como reacción frente a la unión sindical y política de los trabajadores; ello en contraposición a los "partidos" tradicionales —conservadores y liberales— de Hispanoamérica, impregnados de crónico caciquismo.

En penúltimo, pero decisivo lugar, el surgimiento simultáneo, en Cuba y sobre todo en la emigración cubana más próxima a ella, la radicada en Estados Unidos, de la *movilización y organización de los trabajadores* con formas propias en busca de la defensa de sus intereses y vías para sus aspiraciones socioeconómicas —ya bien expresadas— y en pro de avances hacia espacios políticos aún víctimas de la confusión y la vaguedad. Movimientos asociacionistas que también conmovían a los negros, estudiantes, agrupaciones culturales y mujeres.

Finalmente, *el talento y la cultura de José Martí* para percibir la novedad de las situaciones y derivar de ellas un panorama sintético y proyectos más congruentes y prácticos para aportar soluciones en las instancias estratégicas y tácticas.

<sup>1</sup> En esta línea investigativa se inscriben los trabajos de Jorge Ibarra, Ramón de Armas, Pedro Pablo Rodríguez, Ibrahim Hidalgo, el francés Paul Estrade y los míos.

La conjunción de estos escenarios es lo que favorece la formación de un partido político moderno, revolucionario, para llevar a cabo la liberación nacional de Cuba en el periodo histórico específico marcado por la última lucha por la independencia latinoamericana, en los albores de la formación de la etapa expansionista-hegemonista de los Estados Unidos en sus cercanías. Es en estos momentos en que la necesidad y la posibilidad de una organización apropiada, la cultura política y el ánimo suficiente, más el espacio histórico para su aparición, coinciden fructificando en un aparato político peculiar, adaptado a las condiciones concretas que lo propician. Tal aparición inicia una transformación cualitativamente original en la idea y práctica de la política revolucionaria latinoamericana.

La tendencia asociacionista de los cubanos tomó su primer gran impulso durante la Guerra Grande de 1868 a 1878 por la independencia nacional. Después de un paréntesis disgregacionista, debido al fracaso del primer esfuerzo emancipador, vuelve a tomar impulso a inicios de los años noventa. Su mayor aliento lo recibe con el nacimiento del Partido Revolucionario Cubano como fuerza moderna congregadora de una nueva manifestación de la vida social, del interés creciente de las masas por tomar una parte más organizada, activa y decisiva en los asuntos sociales y políticos que le atañen.

El proyecto organizativo integrador venía rondando la cabeza de algunos dirigentes revolucionarios, especialmente la de José Martí, que desde 1882 estaba asomando la propuesta. Seguro que de modo embrionario, pero cuestionador, en rivalidad con la concepción organizativa caudillista imperante. Sería mucho más especulativo pensar que imaginaba el partido tal como lo expresó en 1892, cuando éste nació. Entre una y otra fecha, median diez años de aleccionadoras experiencias, debió de efectuarse una interacción teórico-práctica que desembocó en la iniciativa de fundar una maquinaria política compleja con el nombre de Partido Revolucionario Cubano.

Si los nombres de las organizaciones, sean políticas o de otro orden, son "las unidades mínimas de significación lingüística" que en sí y por sí deben definir las,<sup>2</sup> el nombre escogido por Martí —Partido Revolucionario Cubano— tiene una especial codificación. Del análisis de sus componentes significativos se desprende una carga de particulares connotaciones ideopsicológicas.

<sup>2</sup> Luis Britto García, *El poder sin máscara, 2. De la concertación populista a la explosión social*, Caracas, Alfadil/Trópicos, 1989, p. 51.

*Partido*: sinónimo de cuerpo político institucionalizado; simboliza la modernización de las estructuras instrumentales de la acción política; emblematiza un compromiso bien definido, de bordes precisos con respecto a las opciones que actúan en el escenario cubano; la masculinidad gramatical define su perfil viril y sus cualidades asociadas en el espíritu de la época: valor, honor, acción (aunque en su integración está incluido por principio el elemento femenino, lo cual remite a una *fértil convergencia sexual*). Ya por entonces quedó atrás su asociación con parte, bandería, facción, para adquirir su sentido y valor de congregación de una disposición, concierto de solidaridades reglamentadas y extendidas por un territorio, dentro de un sistema jerárquico-funcional.

*Revolucionario*: es el calificativo que quiso privilegiar, la organización creada representaba el principio radical, acelerador, subversivo, irreductible... con el cual se oponían al Estado colonial y a los partidos políticos legales surgidos bajo esta condición como representantes de la opresión, de las estructuras económico-sociales y estatales establecidas; revolucionario, o sea antítesis del espíritu de dominio o de conciliación, y aunque Martí no opone evolución y revolución, sí era palmaria alternativa al reformismo falsamente evolucionista de los "liberales".

Fue elección difícil de un término que tenía en la opinión interesada y generalizada connotaciones de guerra, sangre, costos humanos, alteración, destrucciones... y que hasta en sectores independentistas tenía connotaciones espeluznantes por las implicaciones mencionadas. Revolucionario, era indiscriminadamente empleado como término denigratorio, de motín, de rebeliones, incendiario, con marcados ribetes de vía militar, guerrera, una suerte de coco amansador de inquietudes político-sociales.

*Cubano*: no es sólo precisión geohistórica, es exactitud de la naturaleza nacionalista del movimiento revolucionario. Los partidos políticos coloniales eran el Partido Liberal y el Unión Constitucionalista. No es Partido Revolucionario de Cuba, sino *Cubano*, lo cual implica una adhesión de identidad nacional y cultural entrelazada a la idea y práctica de la política asumida. Conociendo la oposición antagónica de Martí a la imitación de modelos foráneos en cualquiera de sus implicaciones mecánicas al uso, el término adquiere ese sentido de vía, de creación propia, de métodos originales, ajustados a las condiciones del país y a la cultura política de los patriotas cubanos sin distinción de clase, raza y sexo. Es decir, el conjunto que ha ido articulando de formas cada vez más definidas un elemento

común que los identifica a pesar de las diversidades de estado social que se reflejan a la hora de exponer la institucionalización del proyecto nacional naciente.

Del conjunto expresivo se desprende un fuerte sentido de novedad en relación con las formas organizativas tradicionales, tanto hacia el sector de las clases dominantes como en el de las fuerzas patrióticas. Novedad en los fondos programáticos pero también en los recursos instrumentales. La unidad expresiva de su nombre no es una máscara de reclamo popular, sino evidencia sincera de su esencia revolucionaria, democrática, y de su real autenticidad.<sup>3</sup>

Debemos insistir que el mérito espectacular de Martí es el de haber ofrecido a una situación de crisis generalizada de la sociedad cubana una adecuada dirección, una inteligente y avanzada organización y una coherente ideología en nombre de la cual luchar. No fue fácil el intento de reformar el sistema político que había caracterizado y empleado el movimiento patriótico hasta entonces y que se conservaba por inercia. Lo nuevo suscita reparos, obstrucción, desconfianza. Pero la fuerza de las realidades terminó por abrirle paso a tan bien fundadas propuestas.

El Partido Revolucionario Cubano congregó asociaciones naturales, organizadas espontáneamente por distintos sectores sociales. Estuvo muy lejos de representar intereses plutocráticos, o económicos dominantes, tenía una raíz de pueblo en el sentido más amplio. Su dirigencia no fue una camarilla autoelegida o que impone su poder; al contrario, sus afiliados habían discutido, aceptado y proclamado el programa, y habían elegido a sus dirigentes, no de un modo vitalicio, sino renovables anualmente.

¿En qué consiste la carga teórica generadora que aporta el Partido Revolucionario Cubano en sí?

¿Cuál es la que aporta Martí como ideólogo no sólo de su partido, sino del movimiento en su conjunto?

El proceso revolucionario cubano de fines del siglo XIX se desplegó tortuosamente en mecanismos sociales cada vez más comple-

<sup>3</sup> Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) nombre que luego usurpara Grau San Martín en sigla que permite despojar la carga ideológica de su predecesor. El Peerreccé o, como luego conviene más, los "auténticos", se apropian de los elementos externos formales de un prestigio histórico, pero lo expurgan de sus connotaciones originales. Se convierte así en código demagógico de eficaces efectos en la convocatoria electoral, aunque sus resultados ya se hubiesen determinado en la cocina de componendas ocultas. Ser "auténtico" dejó de expresar una referencia programática clara.

jos. De ahí que el ordenamiento para el caos de circunstancias sociales sea una larga y dificultosa serie de experiencias, políticas y sociales, mediante las cuales fueron penetrando una conciencia organizadora, unidad de pensamiento para lo inmediato y el descubrimiento de nuevas formas de capacidad conductora, el convencimiento de que era necesaria una reforma a fondo de los fondos y las formas de la actividad revolucionaria. La complejidad de los momentos, la riqueza contradictoria de su entramado político, social, cultural, encuentra su hilo unificante en el programa mínimo ideado por Martí. Programa que combina sus puntos de acción e ideología con las complejidades condicionantes de manera aceptable para un consenso mayoritario. Programa que pasó la prueba de fuego del debate y acatamiento democrático con indudable éxito. Sus más acerbos críticos quedaron finalmente aislados, luego de una sorda lucha en la cual salieron derrotados en toda la extensión.

La constitución programática del Partido Revolucionario Cubano está basada en las cuestiones fundamentales comunes a todas las fracciones patrióticas recogidas en las bases; éstas son: el enfrentamiento al colonialismo hispano en Cuba y Puerto Rico; la amenaza imperialista de Estados Unidos a punto de desencadenarse; la creciente conflictividad de clases, dentro y fuera de la isla, incidente entre las diversas fuerzas sociales interesadas en la independencia de Cuba; el espinoso drama racial complicado con la abolición final de la esclavitud en 1886; la coyuntura económico-política caracterizada por una crisis simultánea; y no por postrero, menos significativo, el abarcador y agudo proceso, dramático, de la aceleración de una identidad nacional y cultural afirmándose y procurando autodeterminarse. Es decir, un proceso integrado por contradictorias dinámicas en lo nacional, social, cultural, racial, a una escala de trascendencia continental.

La previsión y habilidad unitaria desplegadas por su ideólogo y estrategia principal estriban en soslayar delicadamente cuanto elemento secundario diferenciador pudiese afectar la unidad transitoria de un conjunto de clases, capas y grupos sociales dispuestos a aceptar una concepción programática homogeneizadora que propiciara la construcción de un *bloque patriótico revolucionario*. Cuando se considera al partido fundado por Martí como "frente nacional", de hecho está aceptada la existencia de una confederación de "partidos independientes" diversos, consideración táctica que se rompe brutalmente después de la muerte de Martí, al pasar los dirigentes sustitutos—Estrada Palma y su grupo— a su *verdadero partido*, al partido de su clase; truncan con su necio viraje el impulso

nacional y popular, de masa trabajadora, que había constituido la fuente energética básica del partido desde su fundación, su amplia base social, para tan complejas tareas internas y externas.

Antes de liquidar al partido en 1898, las actividades de las masas afiliadas no eran ya más que una sombra casi inerte e ineficiente de lo que había sido en sus momentos de fulgor. Ciertamente es que el Partido Revolucionario desde su concepción tenía marcada corta vida real, pero el equipo Estrada, en connivencia con los intereses de dentro y fuera de Cuba, a mi juicio, le adelantaron la muerte y cuando decretaron su desaparición ya era un cadáver viejo. El grupo dominante después de la muerte de Martí en el Partido Revolucionario Cubano no era ya el mismo, aunque Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra aún gozaban de cierta influencia. Para el periodo anterior, de 1892-95, quizás sea más difícil calificar el "carácter de clase" de la jefatura, sin lugar a dudas centralizada en Martí. Creemos que él se esforzó en tomar sobre sí la enorme y frágil responsabilidad (que a la larga resultó el talón de Aquiles del aparato), para no afectar el equilibrio del compromiso de clases provisionalmente concertado, e impedir la quiebra de la unidad, porque la emigración trabajadora ya conscientizada de sus propios intereses no estaba con ánimo para aceptar el papel de grupo subordinado.

No hay lugar a dudas que las fórmulas adoptadas en un comienzo por el partido en su programa tendieron a amortiguar la incidencia social y racial en la esfera política. La unidad coyuntural fue establecida, pero no es menos cierto que las formas organizativas, si vistas en su conjunto contribuían a atenuar las contradicciones y conflictos, no ahogaban la autonomía de las asociaciones de grupo y les permitían trabajar libremente de acuerdo con sus perfiles sociales. Este equilibrio concedía la fuerza necesaria para el carácter nacional e internacional del proyecto liberador.

Aunque no sea clara la previsión socioeconómica de Martí, no sólo quizás por motivaciones de tacto político, su proyecto de república trabajadora, donde se custodie el "decoro del hombre", tiene sus exigencias, de las cuales se pueden hacer algunas deducciones: "El carácter entero de cada uno de sus hijos, el hábito de trabajar con sus manos y pensar por sí propio, el ejercicio íntegro de sí y el respeto, como de honor de familia, al ejercicio íntegro de los demás".<sup>4</sup> La imperfección mayor del programa es la imprecisión,

<sup>4</sup> José Martí, *Obras completas*, La Habana, Editora Nacional de Cuba, 1963-65, vol. 4, p. 270.

la vaguedad, la omisión en cuanto a las características de la organización socioeconómica y política que se persigue, aunque no faltan manifestaciones muy generales en cuanto a la libertad e igualdad, prosperidad y dignidad del hombre, susceptibles de interpretarse a tenor de los más disímiles intereses de grupo y clase.

“Con todos y para bien de todos”, expresión vertida en la antecámara de la fundación del partido, fue más que una consigna, era una crisálida de programa, y ¡muy avanzado!, de ahí que se extendiera con sorprendente rapidez y Martí se viese compelido a desecharla de sus discursos posteriores a fin de no atemorizar y restarse a los patrones tabacaleros que en el exterior cooperaban ocasionalmente con el partido. Cooperación que incluía la oposición respecto de la anexión de Cuba a Estados Unidos y su expansión geopolítica en el Caribe, que a corto plazo lesionaría sus intereses empresariales.<sup>5</sup>

Conciliar en la diversidad fue un reto que supo asumir con habilidad y elegancia honesta. Su concepción humanista fue la raíz del impulso armonizador. Análisis crítico, moderación y amor fueron cimientos de su ejercicio político.

La carga funcional del amor puesto por Martí con intrigante énfasis en su discurso político, no es resultado de una abstracción o de un eticismo personal sin asideros con la práctica social. El amor viene a ser un elemento compensador, equilibrador, neutralizante, de un movimiento político-social sangriento, violento, sobre el cual se derramarían todas las crueldades y resentimientos de seculares opresiones y de recientes agravios. El amor es el sentido constructor de toda obra destructiva, es el trasfondo humanista que ha alentado y debe alentar todo proyecto revolucionario genuinamente popular, libre de partidismos estrechos, con un verdadero sentido de totalidad histórica. El amor es la solidaridad, es la comprensión de la necesidad del cambio, el presupuesto fraternal esgrimido por la Revolución Francesa que la práctica liberal se encargó de engavetar después (debemos buscar los orígenes de esta concepción martiana en las influentes enseñanzas de Krause y Feuerbach).<sup>6</sup>

<sup>5</sup> Véase una exposición más detallada de esta relación en “Antianexionismo y antimperialismo en el Partido Revolucionario Cubano”, Salvador Morales, *Ideología y luchas revolucionarias de José Martí*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1984.

<sup>6</sup> Hannah Arendt sostiene una tesis opuesta en la cual es de interés profundizar, como advirtió Ronald Beiner en *El juicio político*, México, FCE, 1987, pero en nuestro caso partir del concepto y empleo de esta noción en José Martí.

La novedad del programa estratégico a escala continental introducida por el Partido Revolucionario Cubano, es la de ensamblar estratégicamente un movimiento de liberación nacional de alcances geopolíticos trascendentales en el ámbito caribeño con una función equilibradora en la arena internacional y continental en favor de la independencia absoluta de las repúblicas hispanoamericanas; en él se combina un avanzado proyecto revolucionario de reorganización social de perspectivas populares, en la isla de Cuba, llave del golfo mexicano y del archipiélago antillano, como piedra angular de una recomposición sociopolítica óptima a la resistencia de la expansión imperialista con muy tenue oposición de las clases dominantes en la escena latinoamericana.

La simplicidad organizativa y funcional del Partido Revolucionario Cubano está determinada por la conexión adecuada entre lo concreto e histórico del programa, y ambos —maquinaria y programa— en coherente correspondencia con la coyuntura histórica.

Por otra parte, es un partido con un fin preciso y en ningún momento su principal dirigente abandonó, dejó de lado esa prioridad por otros aspectos importantes, pero en ese momento secundarios, aunque no dejó de cuidar de los mismos.

Martí introduce el racionalismo en el comportamiento político. El racionalismo político contra el cautiverio del juicio, contra la sujeción absoluta, contra la obediencia ciega; propugna la luz en la conciencia y la convicción libre en el actuar. Es un paso hacia la desenajenación del hombre en tanto sujeto político. Un paso, con todas las limitaciones que podamos hallar y valorar, de una extraordinaria importancia. El partido, conducido por Martí, devino en un puente de transición hacia la democratización del quehacer político institucionalizado.<sup>7</sup>

La gran incógnita que Martí puso sobre el tapete era la de si sería posible el llevar a cabo una revolución, una insurrección, una guerra revolucionaria, sin apelar a los peligros de una dictadura militar; una revolución organizada en torno a un mínimo de métodos, de mecanismos democráticos, de modo que en la guerra echaran sus raíces las instituciones que regirían en la República.

El problema era viejo, y este innovador líder cubano no era el primero en plantearse, ni el último. La duda se alimentaba de

<sup>7</sup> Sería bueno explicar cómo el Partido Revolucionario Cubano permitió a los clubes que lo conformaban cierto grado de vida autónoma, que les consentía canalizar las iniciativas de los asociados de base.

la capacidad de ver en lo hondo y a lo lejos. Y Martí hizo todo lo posible para que la organización, a la cual también se adherían los militares, llevase en su decir y hacer los métodos de comportamiento republicanos.

Desde luego, los fines del partido y el carácter secreto y clandestino de sus actividades le confirió ciertas características de organización militar, pero en manos de Martí estuvo el que esas características no socavasen la entraña republicana y democrática que le había dado vida. En ningún momento se concibió dejar a un lado los ideales en favor de una disciplina y una sumisión ciega a las órdenes de los jefes. Mecanismo que había sido puesto a prueba en el periodo conspirativo de 1884-86 y fracasó en su capacidad de convocar ante las nuevas circunstancias.

La fragilidad de la organización política caudillista está precisamente en el sistema de lealtades y devociones personales, sujetas a los azares de la conducta humana y de las luchas entre los integrantes de la camarilla por lograr un puesto más cercano e influyente junto al caudillo principal.

La disciplina militar sólo funciona dentro del ámbito de la guerra, fuera de ella, como fue posible observar en el periodo de entreguerras 1878-1895, es desconocida constantemente y dio paso en su decadencia a la debilidad de los lazos operativos. Cada quien vela con mayor fuerza por sus intereses más perentorios, la moral de la organización se veía afectada por discrepancias de todo género.

El papel de la elección de los representantes, establecidos en los estatutos del partido, es de hecho y de derecho un reconocimiento a la capacidad de las bases populares de definir realmente la *voluntad nacional*, sin necesidad de intermediarios ni de tutorías. El sufragio como mecanismo para erigir la estructura partidista reconoce también la cultura política necesaria para elegir por conductores a quienes estime más convenientes para conducir el aparato partidista, incluso dotarse de un medio para revocarlo en caso de no mostrar la necesaria efectividad y honradez. En ese último sentido, el peregrinar de Martí por los núcleos de emigrados tiene varios aspectos de interés: anudar los delicados trabajos de la institución; practicar un sano ejercicio democrático, en relación no sólo con los cuadros políticos viejos y los nuevos que iban despuntando, sino también con las bases del partido. Ese contacto siempre fue estimulante para Martí, no sólo desde el punto de vista anímico. La relación popular fue un sismógrafo y un acicate para sus elaboraciones tácticas, para su producción ideológica. Aquí desarrolló su capacidad de escuchar y ser escuchado.

Si consideramos que la validez de las estructuras y funcionamiento adoptados por un partido político está en correspondencia con su capacidad de alcanzar en la práctica los objetivos que se ha propuesto en teoría, debemos concordar en que el Partido Revolucionario Cubano, tal como fue concebido y acatado, ofreció un instrumento eficaz: históricamente eficaz.

Fue un partido ideado para llevar a cabo la tarea revolucionaria de una coyuntura histórica concreta. Martí advirtió reiteradas veces entre 1892 y 1895 acerca del carácter transitorio, fugaz, de esta organización. Sostuvo que era un partido para organizar la guerra y no para otras aspiraciones que no habían alcanzado maduración. Aquí vemos la estrecha relación entre la concepción del partido y la estrategia táctica del movimiento de liberación nacional después del acuerdo sin independencia de 1878 en el Zanjón. En esta 'provisionalidad' reiterada por Martí, es valorable otra muestra de su genialidad política: supo ver o intuir la unidad entre el momento histórico, la estrategia y la vertebración organizativa.

La creación del Partido Revolucionario Cubano estuvo cercana a la que luego formularían teóricos marxistas como Antonio Gramsci, para quienes también la estrategia revolucionaria es la condición de eficacia de la organización, pero la organización es la condición de existencia de la estrategia. Si es cierto que la validez de una consigna depende de las relaciones de fuerza que subyacen en ella, la existencia de la organización y su desarrollo transforman las condiciones de formulación de las consignas. Formulación que no siempre ha sido llevada al terreno de la práctica.

De las posiciones martianas se deduce que no atribuía a su construcción un carácter definitivo ni generalizable, sino original, en lo cual siempre insistió mucho desde su estancia en México en 1875: a problemas propios, soluciones propias. El carácter de mediación, aglutinamiento jerarquizado y vías posibles no podía establecerse a contrapelo de las especificidades de las clases, grupos, capas que le daban fuerza a la idea liberadora.

La propuesta de creación del partido, tal como la concibió Martí, fue bien aceptada por demostrar sus posibilidades congregativas dentro de una estructura que permitía superar, dentro de un mecanismo de relativa autonomía, las heterogeneidades y contradicciones existentes entre las clases y grupos sociales orientados hacia la lucha por la liberación nacional. La cultura política puesta a prueba durante los años en que existió el partido no se desmoronó a pesar de las inclinaciones antipopulares infiltradas después

de la muerte de Martí. Lo cual evidencia el importante papel desempeñado por él como figura central y canalizadora de las demandas sociales y nacionales en lo interno de la máquina partidista.

El partido no se puede juzgar por sus dimensiones cuantitativas. Aquí la estadística tal como ha sido considerada por algunos cuantitativistas fallaría. A pesar de su pequeñez y su localización geográfica restringida, el Partido Revolucionario Cubano tuvo una trascendencia inmensa en la vida política de Cuba. Incidencia cualitativa de escala continental, que por capricho de la historia termidoriana fue reducida a una escala más regional, nacional. De no haber intervenido Estados Unidos, sin vacilación podemos afirmar que su existencia hubiera marcado un hito más importante. Esa variante fue derrotada.

Al fundar el Partido Revolucionario Cubano la biografía política de Martí cae abruptamente en un proceso de disolución, su gestión personal se funde aceleradamente con el movimiento político que ha contribuido a desencadenar y a su vez lo arrastra en el torbellino de sus cambiantes aguas, amenazando consumir su ser biológico, chupando hasta el tuétano sus pobres fuerzas físicas, sostenidas más que nada mediante el misterio de una voluntad electrizada por la carga histórica asumida.

La imagen de José Martí es la de un hombre extremadamente modesto, en la verdad de los hechos y no en apariencia. Su humilde traje oscuro, arrugado, raído, era un símbolo de la frugalidad de sus hábitos, de la austeridad de su vida, de su distancia de la comodidad y opulencia que pudiera brindarle su reconocido talento. Sin poses afectadas, cuando más la espontánea salida de una pasión febril, de una vehemencia refrenada a duras penas, de una altivez de alma e ideales;<sup>8</sup> la imagen real, y auténtica, de José Martí, era semejante a la de las clases productoras a las cuales se dirigió. Correspondencia sincera, no manipuladora. Pero en ella resaltaban sus modales finos: aristocráticos de forma, sólo de forma.

El prestigio adquirido por Martí en la emigración cubana tuvo su base en un número de cualidades por las cuales se había dado a conocer desde enero de 1880. Su cultura e inteligencia puestas de relieve en su ardiente y razonada defensa de las aspiraciones independentistas de los cubanos, su penetración y perspicacia para

---

<sup>8</sup> Muy distinta de la imagen que ofrecía el independentista Manuel de Quesada en su gestión diplomática, durante la guerra del 68, como se deriva de la acusación de gastos excesivos de representación, los cuales justificó en el contexto del medio sociopolítico en el cual se desenvolvía.

esclarecer los problemas fundamentales sin caer en irritantes y continuas alusiones personales, su comunicabilidad de alto vuelo estético, el indudable carisma que le hacía atractivo y confiable a los ojos de las masas, su vida modesta y recta, sin concesiones al acomodamiento y, no por último lo menos importante, su capacidad de escuchar el sentir íntimo del pueblo, sus anhelos, disposiciones de cambio, actitudes de rechazo, dolor, satisfacción y conservación.

¿Por qué logra imponerse como líder? Porque las circunstancias han cambiado en su favor; porque expresa lealmente, sin sombra de ambiciones personales, la voluntad popular y nacional; por la fortaleza de su carácter y su gracia, energía e integridad moral, el dominio honesto de los mecanismos republicanos; porque reforma democráticamente el sistema político que había caracterizado hasta ese momento a los patriotas; porque se reconocía lo certero, racional, de sus propuestas tanto en lo programático como en la estructuración y funcionamiento del aparato político, apto para la singular tarea estratégica de crear una república democrátísima, con una función geopolítica, caribeña, de alcances mayúsculos y previos que ofrecían un equilibrio internacional aceptable a la vida histórica del continente y del mundo.

Ese aparato, partido político moderno y revolucionario, Partido Revolucionario Cubano fundado por Martí, fue el primero en toda la América en plantearse, de forma tan novedosa, un propósito y un modo de organización de la actividad pública que se encaminase a hacer de la política una posibilidad y responsabilidad no sólo de un reducido círculo de usufructuarios. Fue un paso efectivo hacia el reparto de atribuciones políticas sin menoscabo o distinciones de ninguna especie, democracia social y real. La democracia que aún se sueña. Ésa fue una gran experiencia, de potencialidades significativas. lección que aguarda a estudiosos y discípulos.